

# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

**SUMARIO**

TEXTO  
DE TODO UN POCO

POR

*Luis Taboada*

UNA PÉREGRINA

POR

*Eduardo Bustillo*

TOMÁS RUIZ, EL SUICIDA CALMOSO

POR

*Juan Pérez Zúñiga*

LA TRENZA DE PELO

POR

*Antonio Montalbán*

EL CURA DE VERICUETO

POR

*Clarín*

MENUDENCIAS

POR

*Eduardo Navarro Gonzalvo*

¡OH, LA FAMA!

POR

*Sinesio Delgado*

TEN CALMA

POR

*Luis de Ansorena*

AMOR DE TÍO

POR

*Rafael Torromé*

CHISMES Y CUENTOS

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS

✻

GRABADOS

UNO DE LA MURGA

POR

*Mecachis*

EL CURA DE VERICUETO

(tres viñetas)

LA PEREGRINACIÓN OBRERA

(dos viñetas)

¿QUÉ TOCAN USTEDES?

(ocho viñetas)

LOS PAPELES DE BARBA

(cuatro viñetas)

POR

*Cilla*

ESPAÑA CÓMICA

(portada)

POR

*Cilla y Mecachis*

Uno de la murga.



—¡Me revienta que llegue el día de San Teodato, porque no hay que dar serenata á nadie!



Y tengo que volver sobre el tan socorrido tema de las Cortes. No hay otro asunto cómico «que reclame mi atención» en las presentes circunstancias.

En cambio las tareas del Parlamento proporcionan al cronista festivo materia sobrada para escribir muchos tomos.

Desde que las señoras dan en asistir á las luchas titánicas del Parlamento, ha mejorado de un modo notable la ropa de los diputados. Ahora casi todos ellos se han mandado hacer levitas de medio color y algunos hasta se rizan el pelo.

Días pasados un representante del país, joven y bien parecido, decía al peluquero:

—Póngame usted mucha pomada húngara en el bigote, para que no se me bajen las guías.

—¿Va usted de baile, eh?

—No, voy á la sesión y tengo que pedir la palabra para que conste mi voto con el de la mayoría. Al verme de pie, todo el mundo fijará en mí sus ojos, y hay que presentarse decentito.

—¿Le pongo á usted brillantina?

—Sí, y pomada húngara en las cejas también, para hacer las guías.

—¿Gafas en las cejas?

—En todas partes: la cuestión es que vean en mí mucho aseo personal y mucha limpieza, á fin de dar brillo al partido.

Hay, en cambio, muchos representantes del país, procedentes de la selva, ó séase «diputados rurales,» que aún no han podido entrar en el camino de la elegancia, y el jefe nato de su partido se ve en la necesidad de decirles á cada momento:

—Don Fulano, mándese usted hacer otros pantalones; ésos son muy cortos.

—¡Pero D. Práxedes! ¡Si aún no hace dos meses que los he estrenado! Me los hicieron en Villamocho para venir á las Cortes.

—Con esos pantalones nunca será usted nada.

En esto se equivoca el presidente: toda su vida ha usado cortos los pantalones D. Antonio, y sin embargo, ha sido presidente del Consejo.

\*\*\*

Ha brillado el sol, y todos nos sorprendimos dulcemente porque este año la Providencia se ha puesto mal con nosotros y nos envuelve en nieblas y humedades peligrosas.

Al presentarse Febo en el zenit, la gente salió á la calle dirigiéndose al Retiro, donde la municipalidad ha hecho de las suyas.

—¿Qué es esto?—pregunta algún transeunte deteniéndose delante de un árbol caído.—¿Algún rayo?

—No, señor—contesta un guarda.—Es que se están haciendo reformas todos los días. ¡Cosas de ellos!

Ya el estanque grande no es aquel que conocimos en la edad primera; ya ha perdido sus encantos el *Parterre*, cuna de nuestros amores ideales; ya no tienen placidez ni frescura los bosquecillos inmediatos al embarcadero. H. y se paran á contemplar todos estos sitios los exjóvenes y murmuran:

—Sí; aquí, en otros tiempos, había un chopo gigante en cuya corteza grabé el nombre de Isolina. Aún me está doliendo el puntapié que me dió su amoroso padre cuando nos sorprendió juntos. Ella, desesperada, quiso tirarse de cabeza al baño de los perros; después me propuso una fuga... y después se casó con un sastre cojo de la calle del Salitre.

¡Cuántos amores nacieron en el Retiro, hoy metamorfoseado por la mano reformadora del ayuntamiento!

En las mañanas de Abril y Mayo la juventud alegre y mal alimentada recorría aquellos sitios en busca de aire embalsamado, á falta de otros alimentos más sólidos.

El joven audaz perseguía al objeto de sus ansias, á pretexto de jugar al escondite, y lograba estrechar la mano de la bella y rodear algunas veces su cintura, aprovechando un descuido de la mamá.

—Niña—decía ésta,—no te metas en la espesura; juega aquí, donde te veamos todos.

Y es que la mamá recordaba que en la selva oscura había pronunciado en otros tiempos el dulce «sí» y sentido brotar, por vez primera, la llama del amor en su pecho immaculado.

¡Oh, si hablaran aquellos almendros!

Pero no; vale más que se callen, porque repetirían los versos de Jove, que, según nos ha dicho un guarda asturiano, iba allí todas las mañanas á componer sus odas, tendido sobre el césped y con la cabeza apoyada en un montón de helechos y plantas silvestres.

Luis Calzada.

★

## UNA PEREGRINA

¿Conque por fin, Pepilla, te vas á Roma? Me lo dijo tu madre, tomélo á broma; pero hoy tu despedida tan clara veo que en ese santo viaje de veras creo.

¿Tú vas como católica pura y ferviente, ó vas por divertirme tan solamente? Allí serás romana y hasta apostólica, mas nunca te he tenido por muy católica, y tus pecados, siempre mal confesados, han de ser para el Papa muchos pecados, y ¡ay de ti, pecadora, si al fin del viaje los pagas como exceso de tu equipaje!

Eres una chatilla muy salerosa que teme que lo chata quite á lo hermosa; si á Roma vas *por todo*, según me dices, ya sabes que no puedes *ir por narices*.

Lo que es ese *por todo* me lo figuro; saber quieres las *liras* que tiene un duro, y desde ahora te digo, si eso te inquieta, que tiene muchas menos este poeta.

Con *una* mis amores dulces te escribo, mas tú sueñas con algo más positivo, y, buscando sonidos de otros cantares, dejas hoy por el Tíber el Manzanares.

Anda y vé á Roma, chica, vé con tu madre; mas no vayáis con cuentos al Santo Padre, ni con *cuentas* tampoco, ni es necesario que repases las cuentas de tu rosario para que halles un tonto tan *peregrino*, que pague las que dejes en el camino.

Cuando busques la entrada de la Sixtina no luzcas ya las conchas en la esclavina; porque, si sigues siendo tan retrechera, que tienes *muchas conchas* lo ve cualquiera.

Y en fin, Pepa del alma, ¿qué te propones? ¿qué allí te aclamen reina los corazones? Piensa, cuando un romano te eleve al solio, en que hay Roca Tarpeya, si hay Capitolio.

Eduardo Bustillo.

★

## TOMÁS RUIZ, EL SUICIDA CALMOSO

No existe un hombre en Castilla más pesado que Tomás, aunque pesa poco más que pesa una zapatilla. Después de veintitrés años de sostener relaciones se unió, lleno de ilusiones, con una tal Pepa Baños, que le salió á Ruiz infiel y probó de tal manera que, para sus cosas, no era tan pesada como él, que al mes justo de casarse, con un primo se largó, por lo cual Tomás creyó que debía suicidarse. Diez años debe de hacer que lo pensó el pobre esposo; pero como es tan calmoso el infeliz, hasta ayer no ha llegado á realizar la idea que concibió. ¿Sabéis lo que ayer pasó? Pues os lo voy á contar.

Vivía en un cuarto piso con entresuelo y primero. Y cuando dijo: «Yo quiero matarme, porque es preciso,» abrió con resolución el balcón y ¡cataplún! de cabeza el muy atón se tiró por el balcón. Otro en menos de un segundo al suelo hubiera llegado; pero Ruiz ¡ca! es tan pesado para todo en este mundo, que poco á poco el indino fué bajando y (no exagero) al pasar junto al tercero le dijo «abur» al vecino. Junto al segundo sintió cosquilleo en la nariz, y allí se detuvo Ruiz en tanto que se rascó. Al llegar pausadamente al principal, la doncella vió al suicida, que con ella tuvo el diálogo siguiente:

—Felices tardes, María.  
 —¿Qué es eso, va usted volando?  
 —No, que me estoy suicidando.  
 —¡Pues cualquiera lo diría!  
 A un emparrado enganchado  
 quedó después, y con tino  
 arrancó, para el camino,  
 las uvas del emparrado.  
 Y al cuarto de hora cabal  
 de hacer aquel volatín,  
 con desgracia llegó al fin  
 de su viaje vertical,  
 pues se pegó tal porrazo  
 contra las piedras del suelo,  
 que se aplastó el cerebelo  
 y se dobló el espinazo.  
 Herido de gravedad,

fué al Hospital desde allí,  
 y esta mañana lo vi  
 por una casualidad.  
 —¿Cómo ha querido usted hacer  
 (dije al suicida calmoso)  
 un viaje tan peligroso  
 por causa de una mujer?  
 Y con la voz apagada  
 me contestó el pobre Ruiz:  
 —¡Si el viaje ha sido feliz!  
 ¡Lo malo fué la llegada!  
 .....  
 Y hoy á las puertas está  
 de la muerte el desdichado;  
 pero, como es tan pesado,  
 ¡Dios sabe cuándo entrará!

Juan Pérez Zúñiga.

## LA TRENZA DE PELO

Tuvo fama en todo el barrio  
 y en toda la villa luego,  
 y en la capital de España  
 y casi en el mundo entero,  
 la trenza de pelo hermosa  
 de la gitana Consuelo;  
 negro como el azabache,  
 brillante como un acero.  
 Pues ello fué que una tarde,  
 en una calle del pueblo,  
 de la verdad de la trenza  
 dudó en voz alta un sujeto,  
 y cometió la osadía  
 de soltar la duda á tiempo  
 de ir la flamenca agarrada  
 al brazo de su flamenco;  
 el cual, parándose en firme,  
 dijo, señalando el pelo,  
 que nadie se lo tomaba  
 sin dar él un libramiento.  
 ¡Y ocurrió lo que debía,  
 lo natural, en un verbo...  
 dos insultos, dos guantadas,  
 un navajazo y un muerto!...  
 Así, con tal laconismo  
 y en ese tono poético  
 vino á Madrid la noticia  
 por el hilo del telégrafo.  
 Después ya tomó el asunto  
 su natural incremento;  
 se fantaseó bastante,  
 y en los papeles impresos  
 devoraban los lectores,  
 con interés en aumento

sendas columnas del *Crimen*  
 por una trenza de pelo.  
 Claro está que, como en todo,  
 al poner su mano el tiempo  
 en el asunto, quitóle  
 mucho interés al suceso.  
 Pero un detalle oportuno,  
 con mucho sabor flamenco  
 le dió vida y atractivos  
 y le puso como nuevo.  
 Según relatos formales,  
 escribió una carta el preso  
 (que fué publicada en todos  
 los periódicos del reino)  
 diciéndole á la gitana  
 que se moría de celos  
 al pensar si alguien habría  
 que la besase en el pelo.  
 (Lo cual fué muy suficiente  
 para que aumentase á cientos  
 la tirada de ejemplares  
 de los periódicos serios.)  
 Y el entusiasmo causado  
 por la carta fué en aumento,  
 al conocer la respuesta  
 de la flamenca al flamenco.  
 ¡Casi nada! Al asomarse  
 una mañanita el preso  
 para ver desde la reja  
 á la gente de su pueblo,  
 fué á apoyarse con la mano  
 en un barrote de hierro,  
 y allí estaba... ¡colgadita  
 la hermosa trenza de pelo!...

Antonio Montalbán.

## El cura de Vericúeto.

I

«El cura del lugar de Vericúeto,  
 > como nunca da nada... de barato,  
 > dicen que tiene gato  
 > de viejas peluconas bien repleto...»



Así empezaba el pequeño poema burlesco, parodia campoamorina, que estaba escribiendo mi amiguito Higadillos, paisano de Campoamor, estudiante de medicina y colaborador de tres ó cuatro periódicos con monos y sin religión positiva.

Higadillos era un badulaque, por supuesto, que se creía un sabio positivo y positivista á los veinte años, porque había leído á Spencer traducido, y leía el *Gil Blas*, periódico de París, y la *Revue des Revues*; además había estado en París una temporada, y con esto y no pagar á la patrona, aunque se hundiera el mundo, se consideraba más *esprit fort* que un roble, y de vuelta, como decía él, de todas las neurosis místicas y evangelizantes, de que se reía con delicia. Le parecía á él que después de tantas diabluras como se discurrían para buscar nuevos idealismos, después de las misas sacrílegas y otras barbaridades por el estilo, el género nuevo más original, más oportuno, era... volver simplemente, decía, al *kulturkampf*, al volterrianismo y al realismo pornográfico y escéptico. ¡Guerra al clero! esta era la sencilla novedad que se le ocurría.



—¡Yo soy un primitivo! gritaba, dando á ese adjetivo un sarcástico sentido, con que, por *antífrasis* además, significaba todo lo contrario de lo que querían decir los pintores al llamar *primitivos* á los cristianos artistas del misticismo italiano de la Edad Media. Era un primitivo porque suponía la sencillez, la sinceridad y la naturalidad en el sensualismo y en la impiedad, en la ligereza filosófica del siglo diez y ocho.

—Señores, exclamaba Higadillos en el café, es un prurito enfermizo el andar buscando constantemente novedades metafísicas, éticas y estéticas, supone esa variación constante, además de la inhibición malsana de las facultades mentales que deben ejercer la hegemonía, supone falta de gusto, falta de juicio serio, personal, firme. La verdad no está en la novedad, no está en el cambio; está en algo histórico, en uno de los momentos que ya vivió el pensamiento humano: el quid, la gracia del talento, está en averiguar cuál de esos momentos, sin ser de moda, es el que está en lo cierto. Pues bien, yo lo he averiguado, lo cierto es Lucrecio en un sentido, Rousseau en otro, Voltaire en otro, Spencer en otro, Zola en otro y... *El Motín* en otro. Materialismo, ó mejor, sensualismo, determinismo, hedonismo, naturalismo, individualismo, escepticismo ético, ésta es la fija. El caso es ahondar ahí, no buscar nuevas tierras. El mundo ya está descubierto, ahora á descubrir minas.

Una tarde, hablándome de estas sus filosofías, Higadillos me preguntó:

—Tú que eres de allá, ¿no conoces al cura de Vericúeto? Pues es divino; todo un documento, como ahora se volverá á decir. Voy á hacer con él un poema que sea la antítesis del cura del Pilar de la Horadada. Ya tengo tres ó cuatro números romanos en que imito las *muletillas indeclinables* de don Ramón. Oye el principio...

Y empezó á leer lo que ustedes han visto.

Excuso decir que yo dejé de atender al quinto ó sexto verso; pero lo que después, en prosa, me dijo Higadillos acerca del cura de Vericúeto me llamó la atención bastante; y me propuse, en volviendo á la tierra, conocer al original personaje de quien se burlaba el fanático mozalbete de repugnante impiedad superficial y bachillera!

II

Yo tengo mi casa de campo en la marina, donde los montes alcanzan poco la cresta y parecen las olas suaves y nada altaneras que se desahacen sobre la playa en ondas graciosas, tenues, cada vez más tenues, hasta ser un cordón de encaje que entre el sol y la arena disipan de una sola chupadura. Las montañas, como olas de la tie-

rra que van al encuentro de las olas del agua, son, en el alta mar de los puertos, gigantes que meten la cabeza cana, como de rizada espuma, por las nubes plumizas; pero según se van acercando a la costa se van achicando, achicando, hasta ser colinas, cubiertas de verdores hasta la cima, y luego suaves lomas que llegan a confundirse con las dunas, donde las montañas del oceano también se desvanecen.

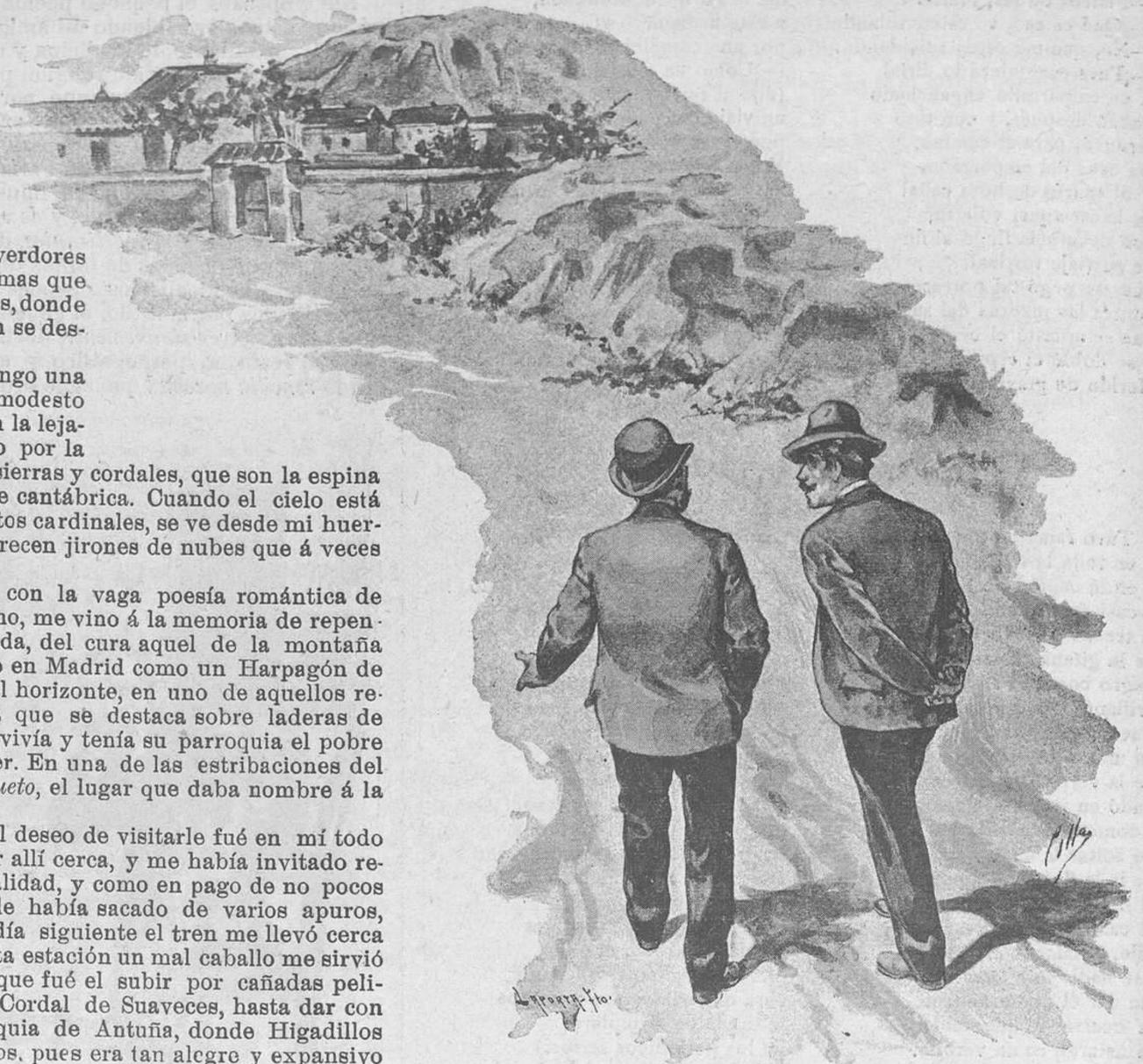
Desde un altozano, donde tengo una huerta, y en medio de ella un modesto *belvedere*, suelo yo contemplar en la lejanía del horizonte, medio borrado por la niebla, los picos y crestas de las sierras y cordales, que son la espina dorsal del Pirineo por esta parte cantábrica. Cuando el cielo está muy despejado por todos los puntos cardinales, se ve desde mi huerta los *Picos de Europa*, que parecen jirones de nubes que á veces dora el sol, para mí ya ausente.

Pues una tarde, recreándome con la vaga poesía romántica de tales contemplaciones, este verano, me vino á la memoria de repente la imagen, á mi modo fabricada, del cura aquel de la montaña que Higadillos me había pintado en Madrid como un Harpagón de misa y olla. Por aquella parte del horizonte, en uno de aquellos repliegues de piedra blanquecina que se destaca sobre laderas de hayas, pinos, robles y castaños, vivía y tenía su parroquia el pobre sacerdote que yo deseaba conocer. En una de las estribaciones del *Cordal de Suavecies* estaba *Vericuetto*, el lugar que daba nombre á la parroquia de mi señor cura.

Pensar en él y reanimarse el deseo de visitarle fué en mí todo uno; y como Higadillos vivía por allí cerca, y me había invitado repetidas veces con franca hospitalidad, y como en pago de no pocos socorros con que mi flaca bolsa le había sacado de varios apuros, sin vacilar, decidí el viaje; y al día siguiente el tren me llevó cerca de aquellas sierras, y desde cierta estación un mal caballo me sirvió para andar lo peor del camino, que fué el subir por cañadas peligrosas las primeras cuevas del Cordal de Suavecies, hasta dar con mis huesos molidos en la parroquia de Antuña, donde Higadillos me recibió con los brazos abiertos, pues era tan alegre y expansivo camarada, como superficial pensador y profundo mentecato.

Cuando le recordé su promesa de llevarme á casa del cura de Vericuetto, y le declaré que esta visita era el móvil principal de mi viaje, se turbó un poco; así, cual algo contrariado; pero pronto se repuso, y, por lo menos, fingió celebrar mucho mi buena memoria y excelente propósito.

Y al día siguiente, muy de mañana, á pie, emprendimos la marcha, que fué toda cuesta arriba, pues era Vericuetto lugar muy bien



pintado por su nombre; porque, si os queréis figurar una montaña, muy puntiaguda, como una gran torre, podéis decir que Vericuetto ocupaba el campanario.

Clarín.

(Se continuará.)

## Menudencias.

I

Á un traductor muy mediano preguntó ayer un amigo:  
—¿Quién es aquella señora

que llevabas el domingo colgada del brazo?—Luisa,  
—¿Sabes que es fea, querido!  
—¿Es mi legítima esposa!

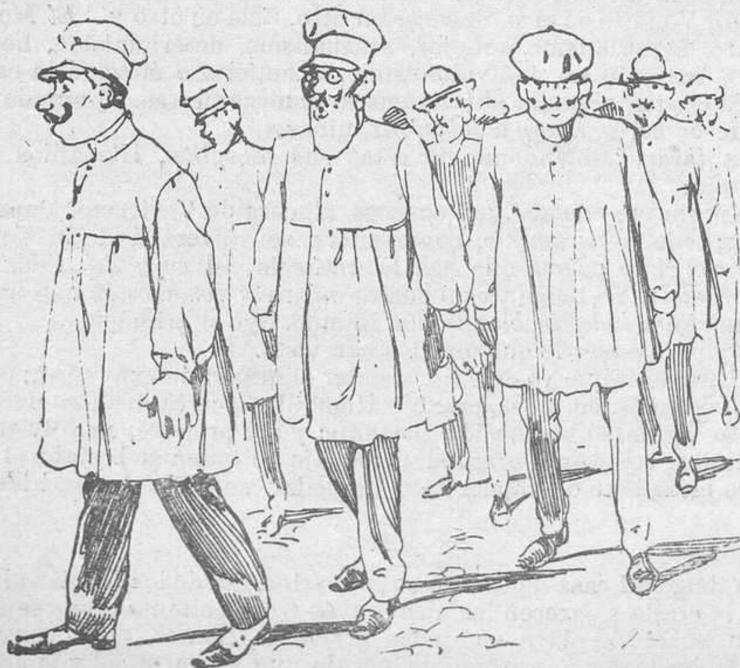
II

—Pide mi esposo el divorcio, y la razón de más peso que alega es mi mal carácter,

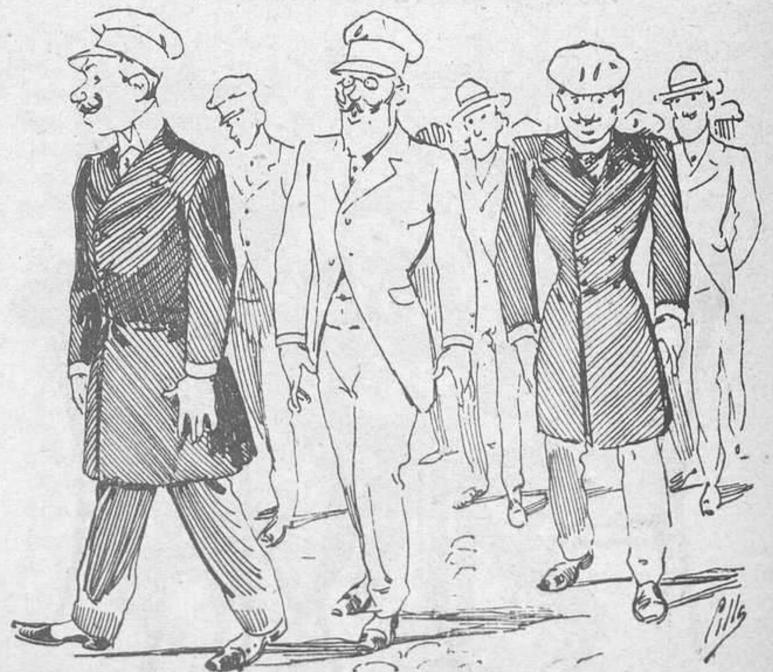
¡y eso es falso! ¡Eso no es cierto!  
¡Que pregunte á sus amigos, y le dirán todos ellos que soy dulce, complaciente, cariñosa hasta el extremo...  
—¿Pues si él quiere divorciarse precisamente por eso!

E. Navarro Gonzalvo.

## LA PEREGRINACIÓN OBRERA.



El núcleo de la peregrinación, visto por fuera.



El mismo núcleo si dijeran: ¡Fuera blusas!

¿QUÉ TOCAN USTÉDES?



El pito.



El violín.



La guitarra.



Nada todavía.

¡Oh, la fama!

Seis años, día por día,  
pasó el bueno de Vicente  
haciendo una poesía  
dedicada al sol poniente  
que, como no se ha enterado  
de que resultó muy bella,  
podía haberse quedado  
perfectamente sin ella.

No habrá que decir que el vate  
concluyó su poesía  
sin decir un disparate  
de los de mayor cuantía,  
pues dedicando á su objeto  
tanto tiempo y tanta calma,  
á él entregó por completo  
las tres potencias del alma.

Había, naturalmente,  
«nubes de grana y topacio,  
disco que iba lentamente  
hundiéndose en el espacio,  
y mar que en montes de espuma  
el resplandor recogía  
para perderle en la bruma,  
que era el sudario del día...»

En fin, que en una tirada  
de hermosos alejandrinos  
no dijo Vicente nada  
que importara tres cominos,  
pero que gustó de un modo  
sorprendente, extraordinario,  
entre sus amigos todo  
y especialmente el sudario.

Y lo leyó en el salón  
de una dama principal,  
una noche de sesión  
literaria y musical,

ante un público paciente  
que no protestó de nada,  
y además hizo á Vicente  
una ovación desusada.

Como eso no da dos reales,  
no saca de sus casillas  
á los críticos formales  
que escriben las gacetillas,  
y ¡claro! al día siguiente  
la prensa nos dijo, llena  
de gozo, que el sol poniente  
estaba de enhorabuena,

que Vicente merecía  
una muestra de entusiasmo  
porque aquella poesía  
era un asombro y un pasmo,  
y que el Estado debiera,  
tomando en el acto parte,  
premiar de alguna manera  
aquel prodigio del arte.

En resumen: desde entonces  
le entró á mucha gente gana,  
de que se esculpiera en bronce  
lo del topacio y la grana,  
y no hay un cristiano que hable  
ó escriba algo de Vicente  
sin añadir la envidiable  
coletilla de «eminente.»

Él, por su parte, se cuida  
de su fama de poeta,  
y ya no ha vuelto en su vida  
á escribir una cuarteta.

¿Hay velada en un teatro?  
Pues manda como destellos  
de su musa... tres ó cuatro  
alejandrinos de aquéllos.

¿Le piden alguna prueba  
de su ingenio y de su fama  
para una revista nueva  
que quiere dar su programa  
con firmas de gran valía?  
Ya se sabe que Vicente  
remite su poesía  
dedicada al sol poniente.

Y así propaga su gloria  
con la pluma y con la lengua,  
y así pasará á la historia  
sin discusión y sin mengua...

Si fuera cierto este caso,  
se deduciría de eso  
que... no es el monte Parnaso  
de tan difícil acceso.

Sinesio Delgado.

¿QUÉ TOCAN USTÉDES?



La lata de petróleo.



Las consecuencias.



El arpa eólica.



El cielo con las manos.

## TEN CALMA

Vive en paz con tu esposo, que te quiere hasta el extremo, Lola, que es seguro que, si adivina en tu alma un tono impuro, no te puede matar... porque se muere. Y perdona que te hable de este modo quien, á fuerza de luchas, ha aprendido que el afán de un amor no conseguido puede llegar á trastornarlo todo.

«Pepe Cruz se ha matado; lo he leído no sé dónde, me dices; ¡se ha matado!, ya de toda ilusión desesperado!... Y como á mí me aseguró algún día que, al casarme con otro, su sentencia de muerte dictaría, desde que lo leí, siento en el alma los tormentos del potro, ¡y estoy sin juicio, sin valor, sin calma! ¡Se ha matado por mí!... Nada me escondas, la verdad, sin ambages... Ten franqueza, aun cuando caiga lo que tú respondas como un golpe de maza en mi cabeza!»

¡Cuánto me ha hecho pensar esta pregunta! Se mató el pobre Cruz, ¡y ya supones que su delito os junta con cadenas de recios eslabones! Decidido á romper esa quimera, yo, Dolores, te escribo, pues sé que esos afanes sin motivo importan poco en la mujer soltera; pero también que en la mujer casada son chispazos de amor retrospectivo que forman una inmensa llamarada. Arroja de tu mente esa locura... Cruz se ha matado, es cierto, pero no por tu causa, criatura; y así, atajando tu inmortal pavura, no pienses, ni al rezar, en el que ha muerto. No dejes, no, que brote el más débil recuerdo del pasado, ¡que el manantial de la pasión se agote! Porque toda mujer, lo ha demostrado la continua experiencia, esconde en su cerebro un don Quijote y molinos de viento en la conciencia que al través del amor se hacen gigantes, y, después de espantosos desatinos, queda en el suelo el héroe de Cervantes, destrozado al chocar con los molinos. Atiende los consejos que salen de mi boca... Como Sancho te grito desde lejos: «¡No hay gigantes, Dolores!... ¡Tu estás loca! Se mató Pepe Cruz... mas no te alteres y acalla tu conciencia enardecida... Se mató... por cansancio de la vida... ¡por hartazgo de amor de otras mujeres!

*Luis de Ansorena.*



## Los papeles de barba.



## Acto 1.º

—Mi niña está enamorada y es inútil que la riña... ¡La educación de una niña es cosa muy complicada!



## Acto 2.º

—¡Todo me lo indica, todo en tus acciones villanas, que sin respeto á mis canas te revuelcas en el lodo!



## Acto 3.º

—¡Era mi sospecha cierta! Este papel me lo indica... ¡Se me ha escapado la chica descerrajando una puerta!



## Epílogo.

—Muelo; siento el estertor... ¡y qué larga es mi agonía! ¡Ya mi mente se extravía! ¡Mi vida... mi hija, y... mi honor!...



Del exceso de gasto que esto pudiera ocasionarnos no hay que hablar, porque como son ustedes tan bondadosos...

Murió mi beso en sus labios,  
mas su caridad es tanta,  
que hoy me ha dicho que lo entierra  
en el hoyo de su barba.

VICENTE DE AYTA.

El corresponsal de un periódico nos ha dado la infausta noticia de que la compañía de la Sra. Tubau no ha tenido en Sevilla el buen éxito que á sus indudables méritos corresponde, y ha tenido que levantar el campo por la ausencia del público.

Y ¿á que no saben ustedes por qué?

El mismo corresponsal lo dice:

«Algunos atribuyen este mal resultado á manejos de los jesuitas.»

¡Me ha dado usted una idea luminosa!

Ya sé á quién achacar todos mis fracasos pasados, presentes y futuros:

¡A los jesuitas!

Aborrezco el amor, porque me aterra  
el pensar que el amor inutiliza  
muchísimos más hombres que la guerra.

El sacristán de mi pueblo  
roba el aceite á los santos  
para alumbrarse por dentro.

FEDERICO CANALEJAS.

Teodoro Guerrero y Ricardo Sepúlveda han publicado la séptima edición de su popular *Pleito del matrimonio*, aumentado con trabajos de Sánchez Pérez, Asmodeo, Urrecha, Herranz, Martínez Villergas, Pérez Zúñiga, Zapata, Ricardo de la Vega, Palma, Luceño, Serrano Alcázar, Ferreiro, López Guijarro, Canals, Guerrero y Sepúlveda.

Deseamos á estos dos distinguidos escritores la continuación indefinida de las ediciones de dicha obra, y aconsejamos á nuestros lectores que la adquieran y que después tengan cuidado de *no perder el pleito*.

Porque el libro cuesta cuatro pesetas... aunque vale muchas más.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. F. B.—Buena vista tiene la condesa! ¡Dios se la conserve!  
*Cabo Parrilla*.—Lo peor es que casi todos los versos están mal medidos.

Sr. D. G. E.—Aunque fuera cosa superior el artículo, no podría yo comprometerme á publicarlo, porque hay tantos esperando turno... La poesía tiene carácter de cantable de zarzuela grande más que de otra cosa.

*Pestizo*.—Pero, criaturita, si cita usted como redactores del periódico á una porción de caballeros que no lo son, ni ése es el camino. Eso prueba el fundamento que tienen sus opiniones, respetables... como todas.

Sr. D. J. M.—A los versos les falta ritmo, que en esa clase de composiciones es lo esencial, porque si no el oído sufre.

Sr. D. E. P.—Empieza así el soneto:

«Me dijiste en tu casa cierto día  
al recitarte una composición  
que siempre le tuviste una afición  
bastante extremada á la poesía...»

Y como usted comprende, el principio no puede ser más lastimoso, porque esos endecasílabos no lo parecen, por su desdicha.

Sr. D. F. L.—No puedo aprovechar ninguna *cosita*. Y lo siento en el alma, pero son bastante vulgares todas.

Sr. D. J. P.—El romance no está muy suelto que digamos, y el asunto se ha diluido mucho para la poquísima gracia que tiene.

*Rodajas*.—Un millón de gracias por sus buenos deseos, que cuando se publiquen estas líneas se habrán visto defraudados probablemente. Cuide usted más sus humoradas, porque le resultan vulgares y con poca enjundia casi siempre.

Sr. D. A. R.—Haya usted de las asonancias como de la peste negra. Porque cae usted sin notarlo en ellas á cada momento. Y ¡si viera usted qué mal efecto hacen!

*Filipini*.—¡Hombre! ¿en correcto italiano? ¡Si son españoles casi todos los que lo han de leer! Esperaremos á que vuelvan los peregrinos que han ido á Roma, y que puede que entiendan algo.

Sr. D. S. E.—Sí, ya se ve que son los primeros versos que usted hace, porque, dicho sea sin ofenderle, parecen de niño pequeño.

*Mamburí*.—El cuento es viejecito, tiene más gracia en el original, aunque demasiado fuerte, y... *vez y usted* no son consonantes á consecuencia de la derrota del gobierno en el Senado.

*P. Lusa*.—En cuatro líneas estaría mejor que así, concretando mucho la idea.

*Cuore*.—Sí, *cuore* se necesita para decir esas barbaridades y quedarse tan frescol

Sr. D. B. R.—Pues mire usted, me gusta. No por lo que es en sí, sino porque revela que usted puede hacer bonitas cosas. Escoja los asuntos cuidadosamente, y á ello. Porque ésa lo mediano que tiene es el asunto.

*Machaca*.—Poquita cosa. Esos juegucitos de palabras han de estar traídos con arte para que las incongruencias hagan efecto.

*Pepe*.—Bueno, y ¿qué? Porque eso no es absolutamente nada.

*El cabo Machichaco*.—Que además de *explotar*, versifica muy medianamente por cierto.

## GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE  
MÁLAGA—MANZANARES

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

## HIGIENE DE LA CABEZA

### Agua de Quina Palomar.

El Agua de Quina Palomar no tiene rival. Es el mejor tónico y reconstituyente del cabello y el único remedio que conserva perfectamente limpia y perfumada la cabeza sin perjuicio de la salud, como acontece con otras.

Esta preparación es tan pura y excelente que su superioridad es reconocida por todas las personas que tienen necesidad de

hacer uso de aguas higiénicas para la cabeza.

Frascos desde 1 peseta á 6 pesetas.

Puntos de venta: Fuencarral, 27, principal derecha.

Perfumería.

Por mayor: MELCHOR GARCIA, Capellanes, 1 duplicado.

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
COMPAÑÍA COLONIAL  
TAPIOCA, TÉS  
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES  
DEPÓSITO GENERAL  
CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º  
Teléfono 934.